

tentativa de historiar la industria de Chile. Es de lamentar que el trabajo y la intención tan loable no hayan alcanzado el resultado que se pudo esperar.—A. T.

https://doi.org/10.29393/At139-11DPGS10011

GEOGRAFÍA SANTA.—Cuentos por *Guillermo Koenenkampf Cisternas*. Editorial Ercilla.

Los que conocemos a Koenenkampf desde hace largos años y hemos sido gustadores habituales de su literatura pulcra, amorosamente depurada en la paciente alquimia de la introspección, hemos tenido un gran placer al ver coleccionados sus cuentos. El título «Geografía santa»... es ya un acierto. En charlas, cuentos y poemas, el poeta nos ha familiarizado con esos lomajes asoleados, esos acantilados bravíos y esas playas azules de la provincia de Aconcagua, donde reposan sus mayores, donde transcurriera su infancia y que guardan sus recuerdos más puros y sus más recónditas emociones.

El paisaje sensibilizado, humanizado, santificado por las ilusiones, las esperanzas y sufrimientos que han quedado enredados en sus abras verdes y profundas, en sus trigales rubios como brochazos de sol, en sus agros humeantes que se abren cual senos fecundos al tajo del arado madrugador y tesonero, está siempre presente en la memoria del narrador, y dondequiera que lo lleven sus pasos errantes, sus vientos, aromas y sonidos siguen vibrando en el recuerdo del peregrino. El poeta se ha dado a la naturaleza familiar, ha dejado en ella sus sueños, afanes y trabajos, y la naturaleza ha impreso su cuño indeleble en la memoria del artista. Así el panorama no es una realidad fría y objetiva, inmóvil y muda, sino un personaje principal, síntesis de muchas vidas, y cada rama que cruje, cada hoja que late, es una lengua que cuenta historias del pasado remoto y del pasado reciente, que entrega inesperados pensa-

mientos en las tonalidades del cielo y de la fronda, y que en el murmullo lejano del mar habla con las voces elementales y olvidadas de un pasado insondable.

«Romance de Diego Lerma» nos muestra al narrador regresando a los felices parajes de su infancia. Un poema de amor infantil, el recuerdo de una voz pura que en la capilla de la hacienda abrió «desde arriba», desde la altura inmaterial del coro, su abanico de música, obsede al caminante. Esa voz de una gracia angelical ha seguido resonando en sus oídos a través de la adolescencia y la edad madura, y cuando, fatigado de andanzas y quebrantos, va a reposar su bordón de peregrino en la misma capilla de sus primeras devociones y sus primeros sueños, la misma voz canta «desde arriba», y a su conjuro, la cinta del pretérito, de la edad querida, va desenvolviendo en la memoria las candidas visiones de antaño. La melodía del órgano y de la voz evocadora se elevan en el pequeño santuario y en la imaginación febril de Diego Lerma. El éxtasis se repite y los sueños de antaño abren sus alas y tiemblan en el aire, medidos por la celeste beatitud del canto. Pero luego la armonía descende, como una vela abandonada por el viento, y anciano labriego de la comarca, testigo del milagro inadvertido, refiere al viajero la verdad de los hechos que había transfigurado su imaginación afebrada: la niña que antes cantaba en el coro murió en tierra extranjera, sus restos descansan en la capilla familiar, y la que ha cantado en esta misa de requiem es hija de la amada de un día, del peregrino. La similitud de la voz y de la imagen y la viva fidelidad de los recuerdos operaron el milagro de revivir un instante luminoso del pasado, un momento musical que dilató su onda y llenó de saudades una vida.

«Era inteligente»—título algo pretencioso que malogra el tono evocador del relato—nos cuenta los sufrimientos precoces de niño que se ve obligado a dejar la casa familiar, hermanos, padres y amigos, el campo de sus correrías infantiles, para ir a

estudiar a la ciudad. Esta narración nos coloca frente a un problema que los psicólogos deberán resolver: la violencia que se ejerce en la naturaleza infantil al arrancar al niño del medio familiar rural, y trasplantarlo a los colegios urbanos.

Gran parte de los cuentos se nutren de reminiscencias de los primeros años del autor, vividos, como está dicho, en las costas de Aconcagua, principalmente en los alrededores de Catapilco y Zapallar, «Alba en la era», «Oros», «La muerte de Sultán», pertenecen a esta categoría.

«Cruces en el norte», «La pampa» e «Historia amarilla», son episodios ubicados en la región salitrera. Hay en ellos descripciones eficaces y violentas de esa zona azotada por las trallas del viento y del sol, en que los hombres están modelados por la brutalidad del ambiente. «La pampa», la más realista de las tres narraciones, contiene pasajes que son verdaderas aguafuertes. Sin embargo, el autor no insiste en la nota descriptiva y se conforma con unos pocos brochazos fundamentales, decisivos, los necesarios para ubicar los personajes y la acción. «Historia amarilla» trae a la memoria «Las páginas de un pobre diablo», de Barrios, por desarrollarse en un almacén de ataúdes. Aquí la realidad y el sueño se mezclan y se tiene un relato en que alternan la observación irónica de los hechos con la pesadilla escalofriante. La Empresa de Pompas Fúnebres y la vecindad de un fumadero de opio de la colonia china proporcionan un conjunto de elementos sugestivos que el autor aprovechó sabiamente. «Cruces en el norte» es otro de los cuentos mejor trabajados. Una superstición, un prejuicio de familia, ofrece el nudo y alrededor se teje una historia funambulesca.

En los paisajes, en las intrigas, en el cuidado y a veces en la magnificencia del estilo se advierte que al lado del cuentista hay un poeta de buena ley. Koenenkampf Cisternas es una combinación de elementos germanos y criollos. Sus antepasados navegantes alemanes se radicaron en las costas de Aconcagua y aquí se mezclaron con elementos indo-españoles. Por eso

en su carácter hay la tendencia filosófica introspectiva, poderosamente subjetiva, del alemán, la actitud altiva y caballeresca del español y la melancolía lánguida del aborigen, de la raza vencida.

Revela nuestro autor un cuidado superfluo del estilo que se manifiesta en retorcimientos y trasposiciones de frases, en cierta acentuación, y énfasis en los detalles y accesorios y en un exceso de puntuación. Estos vicios dificultan la lectura, la complican sin añadirle belleza ni agrado. Con tanta puntuación la frase va cojeando y tropezando. Dan deseos de recoger comas y puntos al lote, como quien retira piedras de un terreno antes de sembrarlo. Seguramente Koenenkampf usa el máximo de puntuación que prescribe la gramática. Llega a la saturación. Como todas las leyes, las de la gramática y particularmente las de la puntuación no pueden permanecer inalterables a través de los siglos. La puntuación sólo señala las pausas necesarias para comprender. A medida que la mentalidad se agiliza con el ejercicio constante, se va necesitando menos puntuación. A buen entendedor pocas palabras y poca puntuación. El lee y entiende de corrido.

En resumen, «Geografía santa» es un libro en que prevalecen las cualidades sobre las deficiencias y que ha cerrado dignamente el año literario. Ojalá el autor adquiriera mayor naturalidad y soltura, trate de conservar el gracejo de las conversaciones populares y se preocupe de destacar con más vigor a sus personajes. Quisiéramos también verlo echar a volar con más libertad la imaginación, para crear tipos y situaciones más intensos.—D. PERRY B.



LOS CONQUEROS, novela por *Julio Ramos*. Tipografía Americana, Caracas.

Con una trama de gastado fondo romántico *Julio, Ramos*